neral, de tan intrépido guerrero. Es verdad, se- larmente Orange, allanan fortalezas, como las de nor, que no he cumplido vuestras órdenes; es ver- Amberes, Gante, Utrech, Lila y Valenciennes, dad que mi buen deseo me ha llevado á una situacion muy dificil, de la cual he salido con gloria, porque vos me habeis ayudado. Donde vos man- culares y mengua de la religion. Yo por el condaseis yo no puedo ser capitan; mi inesperiencia trario, y siguiendo las precisas órdenes de S. M., está muy lejos de vuestra pericia; mas ya que no protejo decididamente á sus súbditos, respeto sus puedo-ser vuestro segundo en el mando, permitid- haciendas, y procuro que disfruten en todas partes me al menos que sea vuestro segundo en el valor; de un gobierno justo y paternal. Señor abad, poque al cabo tengo vuestra sangre, y quiero mostrarme digno de ella, y quiero tambien mostrarme da tienen que temer; que mi ejército los protejera digno de combatir entre los tercios castellanos.

Una aclamacion de toda la hueste respondió á cometido de gobernador general. las palabras de Farnesio; y abriendo los brazos D. Juan, estrechó en ellos al intrépido parmesano.

Los miserables restos del ejército de los Estados se dividieron en dos partes, encerrándose la infantería en el recinto murado de Gemblours, y huyendo la caballería hasta los muros de Bruselas. Octavio Gonzaga, con un buen golpe de caballos siguió el alcance de los fugitivos, y el gobernador general cercó á Gemblours, para tomarla por asalto

#### -----

### CAPÍTULO XIX.

UN MINUTO DE TARDANZA.

Los sitiados, despavoridos, propusieron capitulaciones, que desechadas por el austriaco, no juzgándolas compatibles con el decoro de su hueste, aumentaron la confusion de los rebeldes; y no queriendo sufrir el trance del asalto se entregaron á discreción, entrando el ejército en Gemblours dos horas despues de la batalla.

Gemblours, pequeña ciudad del Brabante, está situada sobre el rio Orne, á tres leguas cortas de Namur, y en el departamento de Lovaina. En otro tiempo fué condado, pero se la convirtió en abadía, lo que la hizo perder de improviso su antigua y respetable dignidad; sin embargo, el abad de Gemblours reune señorío civil y eclesiástico, y vota el primero entre los nobles, aunque el último entre los prelados del Brabante.

La conquista de esta ciudad no era, militarmente considerada, de una grandísima importancia; pero á la sazon la tenia por estar en ella los almacenes mara del príncipe, tranquilo como su señor, y sude boca y guerra del ejército de las provincias. Los mamente satisfecho por la jornada de aquel dia habitantes de Gemblours, acostumbrados á los des- Escanció el reverendo el agua en la palancana, que manes que sufria toda ciudad tomada en aquellas tomó el jóven castellano, y D. Juan bañó en ella guerras intestinas, temianpor sus vidas y haciendas; su rostro, con la pura satisfaccion que se disfruta y su abad Lamberto se dirijió al príncipe de Par- cuando despues de grandes fatigas y sudores se suma, rogandole interpusiera su mediacion cerca del merje en agua fresca y perfumada: el reverendo de austriaco, para preservar á Gemblours de los hor- la bandeja se acercó entónces al austriaco, y le prerores de la guerra.

de D. Juan, y el abad inclinándose ante el príncipe, le suplicó encarecidamente, á nombre de la ciutregaba, se estremecia ligeramente el reverendo dad toda, que usara con ella de clemencia.

Señor abad, repuso el príncipe, el rey de España, mi augusto hermano, es señor legítimo de pe, dejando caer la toalla sobre la labrada bandeja estas provincias, y cuida de ellas como de propia | En el mismo momento se abrió la puerta de la hacienda. Los Estados, el archiduque y particu- cámara, entró un jóven de corta edad, paseó sus

proscriben á vasallos leales, y saquean ciudades, monasterios y templos, con desmedro de los partideis decir á los habitantes de Gemblours, que nacomo á hermanos, y yo cumpliré ecsactamente mi

Lamberto besó humildemente la mano del ilustre príncipe, y se despidió satisfecho de tan favorable acojida.

Doce rehenes escojió D. Juan, como garantía de las estipulaciones que firmó con los prisioneros, dando á los demas libertad bajo la sola condicion de que no llevarian mas las armas contra el rey Felipe II: y estos rehenes, entre los cuales se contaba el maestre de campo general Goigni, fueron trasladados á la ciudadela de Namur. El austriaco, el príncipe de Parma y la servidumbre de ambos, se alojaron en la abadía, cediendo á las instancias de Lamberto, y considerándola el edificio mas acomodado de Gemblours.

Cuando el austriaco estuvo en su cámara, se desarmó, y teniendo el rostro cubierto del polvo y sudor de la refriega, pidió á dos padres que destinaron á su servicio, agua para lavarse. Salieron los dos reverendos, y minutos despues entraron, trayendo el uno una magnífica palancana"y jarro de plata cincelada, y el otro una riquísima toalla, en bandeja del mismo metal.

Nada de particular ofrecia la fisonomía del reverendo que conducia la palancana, pero la de su compañero, por el contrario, era sumamente espresiva y revelaba una infernal satisfaccion. Este padre manifestaba cincuenta años, y bajo su poblada barba, que hacia contraste singular con la calva de su cabeza, se contraian sus móviles facciones, como las del aleve cocodrilo que se va acercando á

Gonzalo era el único paje que estaba en la cásentó la toalla, con una graciosa sonrisa, pero sin Alejandro acompañó á Lamberto á la presencia tocar el fino lienzo. El príncipe se enjugó rostro con indefinible emocion.

-Mil gracias, reverendos padres, dijo el prínci-

el lienzo en la bandeja;

-¡He tardado un minuto! esclamó, y cayó al suelo sin sentido.

inquietas miradas, las fijó en el fraile que recibia El príncipe, el paje y los dos reverendos rodearon al recien venido, y al reconocerlo con asombro: -¡Es el Aventurero! esclamó Gonzalo.

-¡Es el paje! dijo D. Juan.

FIN DE LA PARTE TERCERA.

## CUARTA PARTE.

# EL SECRETO.

#### CAPITULO I.

LAS DOS RIVALES.

Antes de narrar las consecuencias de la batalla de Gemblours, retrocederémos un poco, para hablar al monasterio de San Alejo. de otros personajes que ocupan algun lugar en nuestra historia. En otra ocasion manifestamos que la altiva Enriqueta de Horn permanecia fiel á la memoria del veleidoso Octavio Gonzaga, lo que probó bien rechazando el amor del Aventurero. Tan estraña apareció entonces la conducta del jóven Enrique, presentándose en un principio perdidamente enamorado, y conformándose despues con una amistad sometida á las mas duras condiciones, que es preciso esplicar su idea, y las ventajas que creia sacar, primero del amor y despues de la íntima amistad de Enriqueta.

Sabia perfectamente Enrique, que la hermana del baron de Hesse amaba locamente á Octavio; y la respondieron: "No recibe." conocia, quizás por esperiencia, que una mujer enamorada no guarda secretos de su amante, y teprincipe cualquier peligro que amenazara su persona. El odio del Aventurero al gobernador ge- dia siguiente, probando de nuevo fortuna. neral era profundo; y al mismo tiempo que busca-ba todos los medios de dañarle, queria robarle sus amigos, ó á lo menos atarles las manos, para que riqueta había oido las palabras del señor Santaldeno le hicieran favor. Dominado por esta idea, calculó que si lograba enamorar á la hermana del baron de Hesse, disminuiria el número de los aucsiliares de D. Juan, y cuando no pudo lograrlo, quiso ría Ana levantó su entredicho y Enriqueta saludó ligarla con una promesa arrancada por el temor de por fin á la hermosa prelada. que denunciara á su hermano sus amores con el

samientos, como se confunden las olas en alta mar, guiente. La hermana del baron de Hesse no coy nada obrarémos, estando juntos, sin darnos minu- noció á la superiora que salió á su encuentro vaciciosa cuenta." Enriqueta aceptó este arreglo, ju- lante.

rando cumplirlo fielmente. Conoció la dama desde un principio toda la imprudencia de su empeño, y esperó con ansia una ocasion de emanciparse de aquel yugo: Enrique se la presentó en su viaje a Amberes, y aprovechándola sin tardanza, se dirijió

En un tiempo temió Enriqueta la rivalidad de Ana María, y estuvo á punto de romperse aquella amistad de la infancia; pero Octavio no estaba en Malinas, y el escándalo de Felipe de Marnis habia humillado terriblemente el orgullo de la prelada.

La hermana del baron de Hesse llegó al monasterio, tan bella como habia salido dos meses antes: varias religiosas la rodearon, prestándola todos los obsequios que podia esperar, habiendo anunciado su venida; mas cuando preguntó por la prelada, la respondieron: "Está enferma;"

Instó Enriqueta, deseando verla en el momento,

El retiro de la abadesa era general ó producido por alguna especie de resentimiento que hácia Enriqueta conservara? La viajera no lo sabia, y se

Las instancias de Enriqueta de Horn no podian

¡La hermosa prelada! hermosa quedó Ana María cuando Enriqueta dejó el monasterio; pero la her-"De hoy en adelante, dijo Enrique en aquella mosura de la mujer es la hermosura de la rosa, estraña conferencia, se confundirán nuestros pen- hermosura que vive un dia y que se marchita al si-

-Enriqueta, murmuró Ana María con voz ape- aquel amor santo y puro que solo se siente una nas perceptible.

BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONOMICA.

el acento del dolor.

-No, señora, murmuró Enriqueta, mas asom- ses de vergüenza, unos cuantos meses no mas. brada cada vez.

-Soy Ana María, tu antigua amiga, la abadesa | Enriqueta de Horn. de San Alejo.

de un gran sepulcro. ¿Pero estás de pié todavia? vida, repusó Ana María, sonrivéndose con la son-Siéntate, Enriqueta, siéntate; háblame de tí, que risa de una muerta. sin verguenza.

La abadesa presentó un sitial á su amiga, y sentándose en otro añadió con amargura y sobrealien- abandonas? to, como si temiera ser oida:

y hermosas esperanzas? Enriqueta meneó la cabe- temor de aumentar los.... za en señal de duda ó negacion.

riora con un acento inesplicable.

-Señora no le he visto desde el dia fatal en que ses, interrumpió la moribunda. nos reunimos aquí.

-¿No te ha escrito? ¿No has recibido carta su- modaros. ya en tantos meses?

-Ni una sola vez, murmuró Enriqueta acon- cer tu gusto. gojada.

zaga te seguira amando, y será feliz con tu amor. te de una mujer infortunada.

-Su silencio me inquieta, señora, aunque me

das con dolorosa resignacion. Al menos tienes es- ellas tan estraordinaria diferencia. peranza; yo la he perdido para siempre.

te suspiro, vuestro triste estado me duele: estais señor de Capres; Bonneville trabajó asidnamente pálida como un cadáver, descarnada como un es- en favor del duque de Alenzon, antes de concequeleto, abatida como un criminal. Levantad la der á Guillermo, príncipe de Orange, la gran digfrente, que Dios no os maldice desde su trono.

mustia é inclinada, hasta que se esconda entre el Nassau, procedieron á la eleccion de un gobernador polvo de apartada y profunda fosa.

Enriqueta.

la deshonra.

Ana María pronunció estas palabras con un acento indefinible; acento de desesperada amargura que o lánguidos ojos, segun la ocasion requeria, de la desgarraba el corazon. Enriqueta guardó triste si- hermosa reina de Navarra, creyó que sus buenos lencio, por no profundizar mas la llaga, y la abade- deseos debian hacer las veces de realidades; y abansa, apurando la copa de su inmenso dolor, con andonando los Paises-Bajos se dirijió á Maisieres, ciusia añadió:

hombre lleva al corazon de la mujer: yo, niña, her- clamandola el dulce pago que creia merecer por sus mosa y noble, amé á un hombre con frenesí, con servicios. Margarita, que recibia entonces los obse-

vez, que es el perfume de la infancia: el hombre -Señora, repuso Enriqueta, retrocediendo al- manchó el blanco lino de mi túnica virginal, deshojó con impuras manos mi corona de blancas ro--¿No me has conocido? preguntó la abadesa con sas, emponzoñó mi aliento con el suyo, y me dejó quince años de remordimientos y unos cuantos me-

-¿Unos cuantos meses de vergüenza? preguntó

-Unos cuantos meses no mas. En dos he per--No, os engañais; sois la sombra de Ana María. dido la salud, el vigor y la poca belleza que el cie--Una sombra con vida, Enriqueta, en el fondo lo me dió; en seis meses mas es fácil que pierda la

eres feliz, que puedes levantar los ojos al cielo sin | Enriqueta se levantó en ademan de despedida, remordimientos, y fijarlos en el rostro de las mujeres, la dijo entonces la abadesa, haciendo un esfuerzo para hablar:

-¿Me dejas ya, querida amiga? ¿Tan pronto me

-Veo, señora, que en vez de proporcionaros - Eres feliz en tus amores? Abrigas dulces consuelo, aumento mas vuestros pesares; y por el

-Son tan grandes, amiga mia, que ni aumentan -¿No te ama Gonzalo? preguntó la triste supe- ni disminuyen; pero si quieres retirarte, puedes ocupar, cuando te plazca, tu habitación de hace dos me-

-Agradezco vuestra bondad, pero temeria inco-

-Te la ofrezco sinceramente, aunque puedes ha-

-La acepto, señora, la acepto, repuso Enrique--Gonzaga te ama, amiga mia, y no puede olvi- ta dulcemente; y estrechando la mano de su amiga dar perjuro, quien es valiente y caballero. Gon- se retiró á su departamento á llorar la terrible suer-

Las dos mujeres, que habian estado á punto de consuelo considerando, que el estado de los nego- odiarse por celos, se separaban reconciliadas; llena cios dificulta nuestra mútua correspondencia; pero de esperanzas la una, y altiva con la rica corona de con todo sufro mucho y solo vivo con la esperanza. su pureza virginal; sin ilusion ni esperanza la otra, -Al menos tienes esperanza, murmuró triste- y abatida bajo el grave peso de su público deshomente Ana María, cruzando sus manos descarna- nor. Una falta de la niñez habia establecido entre

Una promesa muy difícil de realizar ecsijió la -Señora, repuso Enriqueta, ahogando un dolien- reina Margarita en los baños de Spa al seducido nidad de Rubarto; y mucho trabajó tambien, cuan--Mi frente no puede ya alzarse, debe estar do cansados muchos próceres de la autoridad de general; pero los esfuerzos de Bouneville fueron in--: Y por qué no alzar vuestra frente? preguntó fructuosos en ambos casos, triunfando en el primero los orangistas, y en el segundo los partidarios de Porque la mano de un infame escribió en ella una especie de justo medio, elevando à la suprema dignidad al jóven archiduque Matías.

Bouneville, que no habia olvidado los radiantes dad que habitaba á la sazon la casta esposa de En--Mírame, Enriqueta, y teme á la fiebre que el rique el Grande, y se presentó á su hechicera, reró á Bouneville con una sonrisa fisgona y le pre- Namur, en donde pasaba una vida, si no gustosa, so-

-Qué habeis hecho, señor de Capres, desde nuestra última entrevista?

-Señora, repuso Bouneville, he trabajado desde el momento que recibí vuestras instrucciones con incontrastable teson.

-Y á pesar de vuestro teson nombraron Rubarto à Guillermo, príncipe de Orange. Sois poco influyente ó muy desgraciado, caballero.

-Es verdad. Los Estados creyeron oportuno poner las riendas del gobierno en manos de un natural, señora, y yo no lo pude impedir.

\_\_\_Y cuando cansados los próceres de la dominacion de Orange trataron de nombrar un gobernador, qué hicísteis, Eduardo de Bouneville?

-Señora, propuse al duque de Alenzon, respondié el señor de Capres.

-Y, á despecho de vuestra propuesta, salió electo el jóven archiduque Matías, observó la reina Margarita, con su sonrisita burlona.

-Encontré un obstáculo insuperable, dijo Capres con la mayor formalidad.

-La odiosidad de los flamencos al nombre fran-

-Verdaderamente esa odiosidad fué una desgracia. ¿Y ahora habeis venido....dijo Margarita, dejando su pregunta en suspenso.

-A deciros, señora, que he cumplido vuestras precisas instrucciones; que os amo, y que en pago, no de mis servicios, pero sí de mi amor....

-Deteneos, Bouneville. ¿Cual fué la causa principal de que no nombrasen a mi hermano Francisco gobernador de los Paises-Bajos españoles?.... preguntó la reina con su inestinguible sonrisa.

ses sus vecinos.

-Señor de Capres, los franceses, y del mismo modo las francesas, pagan el amor con amor y el odic con odio. Si en otra ocasion mas oportuna lograis cambiar los sentimientos de los diputados del Brabante, yo lograré cambiar los mios, pero entre tanto pago el odio de los flamencos al duque de Alenzon con mi indiferencia a Bouneville. Ya veis que no soy vengativa, añadió riyendo á carcajada suelta

Margarita despidió al flamenco con una sonrisa burlona, y Bouneville fué à ocultar su verguenza s los Estados generales, quedando á la reina el consuelo de haberse vengado en algun modo de la indiferencia de D. Juan.

Guillermo Matren siguió sufriendo los caprichos de la hermosa María con una resignacion estóica que en él podia llamarse estúpida; pasó, por órder de la misma, comunicada en un momento de ma humor, al ejército de Goigni; se halló en la batalla de Gemblours, huyó de los primeros; pero una desgraciada casualidad le hizo caer en poder del fiero Mondragon, y despues de haber sufrido de sus manos algunas enérgicas correcciones, atendiendo D. Juan de Austria a la importancia de su padre, lo ro ahogando en sus labios la voz, lanzó un grito

quios del obeso y voluptuoso duque de Maine, mi- mandó llevar entre los rehenes á la ciudadela de segada y ecsenta de todo peligro.

#### CAPITULO II.

HORAS DE AMOR.

En derredor del Aventurero se agruparon D. Juan, el paje y el religioso, que tenia en sus manos aun la palancana, habiendo desaparecido su compañero, con bandeja y lienzo, en el instante. El príncipe v el jóven Gonzalo contemplaban el rostro pálido del Aventurero con un vivísimo interés; y sus delicadas facciones les recordaban otras facciones hermosas tambien y delicadas. El paje solo tenia un punto de comparacion entre el Aventurero y María. D. Juan de Austria tenia una escala descendente, que empezaba en el Aventurero, tocaba en el paje, que tan asiduamente le sirvió durante el banquete de las casas capitulares, y se fijaba últimamente en la hija de maesse Cornelio Estraten. Y sin embargo, el ros--¿Cuál, Bouneville? volvió á preguntar la prin- tro del jóven no era el de María, diferenciándolo una espresion mas varonil.

Levantó D. Juan suavemente la cabeza del desconocido, y empapando en agua un pañuelo, le frctó la frente con él: el desmayado entreabrió los ojos, y D. Juan y el paje al mismo tiempo lanzaron un grito de sorpresa y admiracion. El agua, aplicada 1 la frente del jóven, habia desprendido un pequeno mechon de vello perfectamente colocado, y que nacia las veces de un entrecejo natural, y el principe y Gonzalo á la vez reconocieron a María.

Al doble grito se incorporó la hermosa jóven, paseó sus miradas por la estancia con estraordinaria insiedad; un momento se quedó suspensa, y des--El odio que tienen los flamencos á los france- pues sus rasgados ojos se llenaron de abundantes

> Et religioso y el jóven paje salieron de la cáma-111 ra à una indicacion del austriaco: el príncipe levan-.ó á María, la colocó sobre una banqueta de damasco, tomó asiento á su lado y dijo:

-Estoy loco, María, estoy loco. Tú á mi lalo? ¿tú, hermosa mia? Con tu carta me diste la vila, con tu presencia me has traido una inmensa feicidad. ¡Cuánto te debo! ¡Qué dia tan feliz! ¡Haper vencido á los rebeldes y encontrarte, son dos lichas muy superiores á las fuerzas de un simple

La jóven, muda y abismada, seguia vertiendo umargo llanto; el príncipe continuó con voz mas dule y cariñosa:

-Dime, María, que tu desmayo ha sido causado por la emocion que esperimentaste á mi vista; que esas lágrimas que derramas son de amor; que me unas como antes me amaste; que en este momento eres feliz; que nos encontramos en la gloria, gozanlo la bienaventuranza entre los angeles y querubiaes del Señor.

La hija de Cornelio Estraten iba á responder; pe-

inarticulado, y cubrió con las manos su rostro sin poder apagar los latidos de su corazon agitado.

-No me amas, María, no me amas? preguntó Don Juan tristemente, y estrechando entre sus dos mordimiento y dolor. manos la delicada de María.

-Sí te amo, Don Juan, sí te amo. Tu vida es mi vida, tu alma mi alma, tu sér mi sér; eres mi meses? Dios y mi creencia, mi felicidad y mi tormento, mi hermoso sueño v mi terrible realidad.

-¡María, María! esclamó Don Juan con acento de inconmensurable ternura.

-Te amo, príncipe, como al bien que ha de perderse muy en breve, como al bien que no se ha gozado y que no se puede gozar, repuso la hermosa doncella con voz solemne y apagada.

Un torrente de lágrimas bañó el bello rostro de la jóven; el príncipe las vió correr en su cariñoso

delirio y murmuró:

- -¡María, María, qué hermosa estás deshecha en llanto! Si Rafael, el pintor divino, te hubiera tenido por modelo, fueran sus vírgenes mas bellas, mas poéticas, mas celestiales! ¡Qué hermosa estás, qué hermosa estás! Un zagal te compararia á la amapola de los prados en una alborada de estío: un musulman á la hurí bella, que habita palacios de cristal en el eden de sus ensueños; un marino á la velera nave, que surca los campos de azul; un astrónomo á Vénus en su estrella; un poeta á Vénus tambien, meciéndose en concha de nácar sobre las ondas adormidas: yo no sé con qué compararte, pues nada tiene el mundo tan bello como el idolo de nues-
- -¡Príncipe! murmuró la jóven nuevas lágrimas derramando.
- -No llores, María: ¿por qué llorar? Tras larga ausencia estamos unidos, y unidos para no separardo.... María, esos seis meses han sido mas largos tener fuerzas. Este recuerdo me asesina. que una eternidad. Contar los dias, contar las horas, los minutos, sin saber el término . . . ; Qué angustia! Mucho he padecido: en mi frente están las el príncipe la miró abismado, meditó, y levantánhuellas del dolor, puedes contemplarlas, María. dose resuelto llegó á una mesa, tomó su daga, se No estoy mas pálido? No tienen mis ojos menos
- -Sí, príncipe, repuso María en su doloroso es-
- -¿Brillan mis ojos como brillaban? ¿Es cierto que

-No, Don Juan, están hundidos y apagados: dicen que has llorado tambien.

-Si ahora que soy feliz, María, no brillan mis ojos, y mi rostro permanece pálido y marchito, ¿có- mente; estuve loco y no perdonas mi locura, haces mo estarian cuando no esperaba estrechar tu mano bien. Si el aliento de un hombre se hubiera condivina, mirar tu rostro angelical?

que me digo.

-: Has padecido tú tambien? dijo Don Juan en-

-¿Está mi rostro pálido? preguntó la hermosa á hiere por compasion.

-Si, repuso el austriaco con melancólica sonrisa. meciéndose.

-¿Están apagados mis ojos? volvió á preguntar María Estraten.

-Sí, María, añadió el jóven príncipe con re-

-Pues juzga cuánto habré sufrido en seis meses.

- Has sufrido, paloma mia, en esos seis eternos -He sufrido y sufro, Don Juan. ¡Ay! no sabeis

cuánto sufro, no. - Sufres? María, aleja para siempre toda me-

moria de dolor. ¿Sufres todavia? -Sí, Don Juan, y solo el cielo puede hacer que tenga límite mi pena.

-¿Dime, por qué sufres? preguntó el príncipe con ansiedad.

-Calla, príncipe, murmuró la hermosa sumida siempre en su amargura.

-María, María, deposita tu horrible pena en un corazon que te ama.

-¡Déjame, déjame sufrir! esclamó Marfa con violencia.

-Dime tu pena, añadió el príncipe, aunque me conduzca á la muerte.

-No es un dolor lento ó pasajero, es un incendio que me abrasa.

-María, pronuncia una palabra, una sola pala-

-¡Oh! yo quiero apagarlo, y mas arde en mi corazon la feroz llama de los celos! esclamó la hija del armero con dolorosa ecsaltacion.

-¡Perdon! esclamó Don Juan á su vez prosternándose humildemente.

-¡Príncipe, te perdono; mas no me perdono á mí misma. Yo lo ví, yo lo ví: Margarita estaba arrodillada á los piés del héroe, como decia; el héroe tuvo compasion, la levantó cariñosamente, la nos nunca. Cuánto he padecido, María. Seis meses reclinó contra su pecho, fijó una mirada delirante ausente de tí, seis meses sin verte, sin oir tu voz, en la reina, y bebió una lágrima....Don Juan, sin tener siquiera la esperanza de verte en dia da- apartaos de mí, huid, dejadme.... En vano quiero

> María se cubrió el rostro con las manos, y nuevas lágrimas vinieron á endulzar un tanto su dolor: acercó de nuevo á su amante y la dijo con voz so-

-Descubríos el rostro, señora, y miradme: nada mas pido.

María no dejó su doliente actitud: el príncipe tocó ligeramente sus manos; se estremeció la jóven, y clavó sus hundidos ojos en los ardientes de Don Juan, que voraces llamas despedian.

-María, María, prosiguió el austriaco tristefundido con el tuyo, tampoco te perdonaria y seria -¡Príncipe, príncipe, por Dios! ¡Ay! yo no sé lo horrible mi venganza. No me perdones, no me perdones; pero ten de mí compasion. Te ofendí, confieso la ofensa, y solo demando el castigo. Toma esta daga, aquí está mi pecho; hiere, María; hiere,

-¿Qué dices, Don Juan? preguntó María estre-

el austriaco con frialdad.

-¿Que saldria sangre, dices? añadió la jóven

-Sí, María. ¿Qué vacilas? Derrama la sangre de su suprema dignidad.

de quien te ofendió.

-No, príncipe, yo no te heriré. Correria tu aleja de tí mi honor. sangre; tu sangre es muy preciosa para mí, y debes conservarla mucho. ¿No conoces que disminuyen- austriaco con sorpresa. do tu sangre acortas tu vida? ¿No sabes? . . . ¡Oh! no sé lo que me digo, y es indispensable....

Don Juan una mirada llena de indulgencia y de cilidad de un niño sigue mis varios pareceres. amor, añadió con dulcísimo acento y melancólica

sonrisa:

-Perdóname, príncipe, perdóname; tu amor me tu mirada. Yo te amo, principe, yo te amo, y aun amarémos en el frio seno de la tumba?

ideas, que hacia dudar de su razon. Don Juan creia este violento cambio hijo de sus furiosos celos; pero en aquel instante tenia dos muy diferentes ori-

-María, repuso el adalid, ovendo las sentidas palabras de aquella singular mujer: tú me perdonas cia tan larga, nos separamos tan pronto? y me amas: nos amarémos, como has dicho, hasta en el frio seno de la tumba.

-Nos amarémos, repuso María tristemente; y animándose de improviso, añadió con inspirado acento, hijo de una dulce esperanza:

-¿Es cierto, príncipe, que las almas no mueren -Sí, María, repuso el austriaco, participando

del entusiasmo de la jóven. -¿Es cierto, Don Juan, que el amor puro se separa de los sentidos y asienta su trono en el alma? volvió á preguntar la hija del armero.

-Sf, hermosa mia, repuso Don Juan conmovido. -¿Es verdad que nosotros nos amamos con ese amor santo y sublime? ¿Con ese amor que no puede estinguirse jamas?

-Sf, María, nos amamos con ese amor santo y

-¿Entonces, príncipe, nuestro amor no se acabará con la muerte?

-No se acabará, dijo el austriaco con la mas profunda conviccion. -¡Qué feliz soy! esclamó María sonriyendo y

llorando al mismo tiempo. -No te comprendo, hermosa mia. Observo en le llegaba á la cadera.

tí cierta confusion....

-Que claves esta daga en mi corazon, repuso cho, príncipe, y el amor tiene singulares caprichos: congenia con ellos, que no te produzcan alarma, y -¿Saldria sangre? preguntó María lanzando un gozarémos todavia en la tierra momentos de felicidad. Yo habitaré desde hoy en adelante la misma -La sangre de quien te ha ofendido, dijo el prín- ciudad, el mismo campamento que habites . . . . y en una cabaña ó bajo el pabellon del cielo....

-¡Vivirás en mi propio palacio: morarás en mi misma tienda! esclamó el príncipe no acordándose

-No. Don Juan, me acompaña mi padre, y me

-¿Está contigo maesse Cornelio? preguntó el

-Sí. Aquel hombre, rudo y violento, se ha hecho dulce y misericordioso, por amor de su única Se interrumpió la jóven temblando; y fijando en hija. A él he contado todas mis penas, y con la do-

-¡Bendigo á Cornelio Estraten! esclamó Don

Juan vertiendo lágrimas.

-El te bendijo como un padre, cuando saliste quita la razon; con tu amor yo me vuelvo loca. Te de Bruselas: te bendijo porque habias jurado por tu amo, te amo. No te lo dije por escrito? Y eso que honor que era pura su hija adorada. A su lado esestábamos distantes, que no oia tu voz, que no me taré, Don Juan; seré para el mundo un mancebo, bañaba en tu aliento, que no ardia en el fuego de para maesse Cornelio una hija, para tí una esclava, y para Gonzalo la mujer que te paga amor con amor. en la tumba nos amarémos. ¿Es verdad que nos Como príncipe ó como incógnito puedes visitarme, Don Juan; seré de nuevo la dama negra que te se--En las palabras de María se notaba alguna in- guirá como una sombra; seré la pobre hija del arcoherencia, y sobre todo un cambio repentino de mero, á quien recatabas tu nombre; seré en fin, María, que viva y muerta te amará.

La hermosa jóven se levantó y presentó su mano al príncipe en señal de tierna despedida; el príncipe la estrechó dulcemente y la dijo:

-: Me dejas ya, María? ¿Despues de una ausen-

-Te dejo, príncipe, tendrás que cuidar de tu

-¡Por tí lo abandonaré todo! esclamó el entusiasta amante.

-Menos el cuidado de tu gloria, repuso María con dignidad. -¿Nos verémos esta misma noche? preguntó el

-Sí, D. Juan: y nos amarémos en la tumba, con ese amor inestinguible.

\*\*1963\*\*

#### CAPITULO III.

ESPLICACIONES.

A corta distancia de la hermosa abadía de Gemblours se alzaba un parador de humilde aspecto, frecuentado por los viajeros que iban de Bruselas á Lovaina, ó que de esta ciudad se dirijian á la capital del Brabante. A la puerta de este parador se encontraba maesse Cornelio con dos caballos de la brida, disputando con un hombrecillo que apenas

-Os repito, maesse Cornelio, decia el hombre--Algunas veces mis palabras te parecerán ines- cillo con vos de flauta, que aunque esteis aquí toplicables; pero no te fatigues por ello. Te amo mu- do el dia no conseguireis vuestro intento; y por lo

tanto son inútiles vuestras amenazas, vuestras ofertas y vuestros ruegos.

-Te repito, Pico de Oro, repuso Estraten irritado, que necesito dos habitaciones, ó á lo menos una con dos piezas, y una cuadra para estas dos cabalgaduras: nada mas tengo que decir.

-Las cuadras están ocupadas por los caballos de una compañía de arcabuceros borgoñones, y no

cabe un caballo mas.

-¡Voto al diablo, Pico de Oro, que me tratas como á un desconocido ó á un parroquiano que su pesada mano sobre el diminuto Pico de Oro, que mal paga, y esto no es justo; ¡voto al diablo!

- -Sé que dais una buena propina, y me pesa en proviso el señor de Santaldegonde. el alma perderla; pero habeis llegado á mala hora: las cuadras están ocupadas por esos malditos borgoñones, que se comerán todo el heno sin dejarme ninguna utilidad. Cómo ha de ser, quien manda, manda
- -Seamos francos, Pico de Oro, repuso entonces maesse Cornelio con tono mas dulce y amistoso, te cojiendo la diestra de Estraten y separándolo de regalaré cuatro florines, pero necesito la cuadra Pico de Oro, que los contemplaba admirado. que está detras de la cocina. Me has entendido bien?

- La cuadra de los dos pesebres? preguntó el avaro posadero.

-La misma. Dos pesebres y dos caballos, la cuenta no puede estar mejor. No andemos en dimes y diretes, y pongamos manos á la obra.

-Pero es el caso, maesse Cornelio, que la cuadra no está vacia.

-Mientes, ¡vive Dios! como un bellaco, esclamó el armero furioso.

-Juro por el alma de mi abuela.... tartamudeó Pico de Oro.

-Imposible que hayas puesto tu alhaja en manos de los borgoñones, añadió Estraten interrumpiéndolo y mirándolo fijamente.

-Teneis razon, maesse Cornelio, mas no por eso es menos cierto que está ocupada, y podeis que me prendan... creerme á fé de católico romano.

-¿Quién la ocupa? preguntó el armero todavia dudando.

-Un estranjero.... digo, los caballos de un estranjero que llegó ayer tarde, y me pidió una cua- inesperada nueva. dra cómoda v segura.

dos para dos.

mero no satisfecho de su ladino comensal.

fiaréis por vuestros ojos. obsequio de un parroquiano?

no cedo un quilate.

-Os repito, maesse Cornelio, que habeis llegado á mala hora; los oficiales y soldados se han repartido todas las piezas, sin haber dejado mas que dos.... y esas dos piezas que han dejado....

-Son las mismas que yo necesito, repuso el ar-

mero con la mayor tranquilidad.

-Las ocupa desgraciadamente el estranjero de que hemos hablado poco antes, observó el agudo posadero con una sonrisa burlona.

Maesse Cornelio echó una blasfemia y descargó lo hubiera pasado muy mal á no presentarse de im-

-¡Maesse Cornelio! esclamó Felipe lanzando al armero una mirada de reconcentrado furor, que hubiera podido aniquilarlo.

- Felipe!... esclamó nuestro armero completamente sorprendido.

-¡Silencio, silencio! esclamó Felipe de Marnis

-Qué temeis? preguntó el caballero maesse Estraten.

¿Qué temo? repuso Felipe con una sonrisa infernal. Tended la vista por esos campos, y los veréis cubiertos de cadáveres; preguntad por el ejército de los Estados, y sabréis, Estraten, que no ecsiste. Por qué os encuentro en este lugar? ¿Habeis venido á presenciar la ruina de vuestros hermanos? Queréis insultar sus cenizas?

-He venido... respondió el armero sin turbarse. -Ya lo adivino. Teneis dos caballos de la brida, habeis venido de lacavo del Aventurero, interrumpió Santaldegonde.

-¡Felipe de Marnis! gritó Estraten, dando un

-Haceis bien en gritar; delatadme; sed traidor, como el pérfido niño; pedid aucsilio á la ciudad para

-Felipe de Marnis no necesitaba ir tan lejos. Ese parador está ocupado por mosqueteros borgoñones, y á una sola voz...

-¿Qué decis? preguntó Felipe, aterrado á tan

-La verdad, señor de Santaldegonde. Hace - Y ese estranjero venia montado en dos cor- tiempo que sois mi enemigo: me habeis herido varias veces en lo mas profundo del alma; pero sois -Él en uno, en otro su criado, y eran por tanto flamenco; militais, con mas ó menos buena fé, en el partido nacional, y vo no puedo denunciaros. To--Me estás engañando, Pico de Oro, dijo el ar- mad mis caballos, si queréis, y huid con ellos.... Mas los encontraréis cansados. Ese criado, que os -He jurado, maesse Estraten, por el alma de acompaña, puede entrar en el parador, ensillar mi pobre abuela que era bruja, como sabeis, y no vuestros briosos corceles, mientras los soldados desquiero cuentas con su alma; pero prescindiendo del cansan, y traerlos aquí: yo os haré en tanto comcrédito que debeis dar á tan solemne juramento, pañía. No soy noble como vos, caballero Felipe venid conmigo á la pequeña cuadra, y os desenga- de Marnis, pero no consiste toda la nobleza en el Puedo hacer mas en apellido; hay una nobleza de corazon mas ilustre que la heredada. Por conviccion, por compromi--Te doy crédito, Pico de Oro; pero aunque so, por causas que Dios y yo solo conocemos, y mis caballos queden debajo de este cobertizo, ne- aun por gratitud, pues el príncipe Don Ji -recesito una habitación con dos piezas para mí y el Austria espuso su vida en la iglesia de Kouvenberg jóven que como sabes me acompaña. Y en esto por salvar la mia de cien puñales asesinos, puede ser que no lleve las armas contra el gobernador ge-

y ella os defiende con su egida. Nada hago por vos, pero estais unido al Brabante.

pesar subyugado. Lo crítico de su situacion le ha- la causa de tan estraña metamórfosis, se acercó á cia mas sumiso tambien; y siguiendo las indicacio- su padre confusa y le preguntó dulcemente: nes del armero, dió órden á su fiel criado para que trajera los corceles. Maesse Cornelio entregó los je? ¿Qué teneis? suvos á Pico de Oro, que aplaudia la bella ocasion de recibir doble propina.

Santaldegonde y el armero esperaban con impaciencia la venida de los caballos; el primero para huir del peligro que en aquel lugar le amenazaba, es imposible. y el segundo para verse libre de un hombre que tantas ofensas le habia hecho. Llegaron por fin los vuestros dolores? corceles, y Felipe de Marnis tenia puesto el pié en le detuvo, diciéndole con voz ahogada y rencorosa cho su corazon. al mismo tiempo:

Felipe volvió la cabeza, poseido de mortal espanto, y murmuró despues de haber fijado sus ojos deis á vuestra hija? en aquel inesperado enemigo.

turero es Marfa.

-Yo soy la mujer que tantas veces has ofendido; la que infamemente has calumniado; la que has Felipe de Marnis? herido, Felipe de Marnis, en lo mas profundo del alma. Yo soy la que....pero no te interesa mi tarse. historia. Has cometido grandes crimenes, y es el momento de expiarlos. ¡Arcabuceros borgoñones!.. ceba de D. Juan."

-¡Silencio, silencio, Marfa! gritó el armero, cocrimen de alta traicion.

Maesse Cornelio apartó la mano con que sujetaba mó á sus labios heridos. su hija al señor de Santaldegonde, y éste, que no hala silla de su corcel.

-Asesino, murmuró María, bajo la mano que ahogaba su voz.

-Huid, añadió maesse Cornelio, no dejando ha-

-Adios, repuso Felipe de Marnis, poniendo esba de D. Juan.

un desesperado en pos de Felipe de Marnis; pero los mismos labios repetidas. ¿Qué he de responder? la rapida carrera del señor de Santaldegonde hizo inútiles sus esfuerzos, y volvió al lado de María me- jóven? láncolico y abatido. Se dejó caer sobre una piedra agobiado de pena mortal; apoyó sus codos en las preguntando. rodillas; ocultó el rostro entre ambas manos, y lanzando amargos suspiros, bebia las lágrimas ardien- breve. He se desprendian de sus ojos; lágrimas que lograba arrancar un violentísimo dolor.

La partida de Felipe de Marnis, contrariando la resolucion de María, la dejó absorta, y con los ojos con dignidad.

peral; pero nunca seré traidor á la causa de mi país, fijos en el caballero que huia y el pensamiento preocupado, no oyó las palabras de Santaldegonde, ni en mucho tiempo los sollozos de maesse Corne-La elocuencia de maesse Estraten era persuasiva, lio Estraten. Su sopor se tué disipando, lanzó miapasionada, y el señor de Santaldegonde, que tan- radas en torno de sí, y vió al armero poseido de un to imperio sabia conservar sobre sí, se sentia á su intenso y crudo dolor. No comprendiendo María

- Por qué llorais así, padre mio? ¿Qué os afli-

El armero levantó la cabeza; se enjugó las lágrimas con el dorso de su ancha mano; tomó su rostro una espresion digna y sombría y repuso:

-Lloro, Marfa.... No puede ser: no puede ser;

-¿Decidme, por Dios, padre mio, la causa de

-Yo mismo, que la quiero tanto, seria capaz el estribo, cuando una mano delicada, pero cuyos de asesinarla, murmuró el armero entre dientes, dedos crispados por la ira se hundian en sus carnes, como respondiendo á una pregunta que le habia he-

María posó su mano dulcemente sobre la espal--Felipe de Marnis, no huirás; estás en mi po- da de su padre, diciéndole con vivo interes y una candorosa sonrisa:

-- Por qué llorabais, padre mio? ¿No respon-

El armero se estremeció al contacto y á la pre--El Aventurero.... Pero qué miro? El aven- gunta, se levantó por un movimiento galvánico, y dijo con voz breve:

-María, ¿no has oido las últimas palabras de

-No, repuso Marfa dulcemente, y sin inmu-

\_"Adios, me dijo, y cuida mucho de la vil man-

Un vivo carmin cubrió al momento el pálido roslocando su pesada mano sobre los labios de su hija. tro de la jóven; sus rasgados ojos se inflamaron, y ¿Quieres que nos llamen traidores? Felipe sirve a saltaron de sus labios mordidos algunas gotas de sanlos Estados, y entregarlo á sus enemigos seria un gre ardiente. La tormenta pasó, como pasan fugaces nubes de verano, y una sonrisa de desprecio aso-

-- Creeis, padre mio, dijo la jóven con perfecta bia dejado el estribo, se colocó inmediatamente en tranquilidad, las palabras del señor de Santaldegonde? Respondedme francamente, padre.

Maesse Cornelio meció la cabeza en visible señal de duda.

-¿No me respondeis, padre mio? Volvió á preguntar la hermosa jóven.

-¿Sé yo acaso qué responderte? repuso el armepuelas al caballo, y cuida mucho de la vil mance- ro conmovido. En los salones de Guillermo de Horn, en las plazas públicas de Bruselas, en las cam-Maesse Estraten soltó á su hija y se lanzó como piñas de Gemblours oigo la misma acusacion, por

- Y dais crédito á esa acusacion? preguntó la -María, ¿amas al príncipe? repuso el armero,

Le amo, replicó la entusiasta jóven con voz

-- Y adonde crees que puede llevarte ese amor? volvió á preguntar el armero.

-No os entiendo, señor, esplicaos, dijo Maria

nuestras diestras se unan. Si él fuera duque de mo si le abrumara el peso de alguna idea, y hacien-Ariscot, baron de Hesse y aun príncipe de Orange, do un esfuerzo murmuró: abrigaria alguna esperanza, porque me inspira fé su amor; pero el descendiente de los Césares no pue- tanto amor, pero los sufriré en silencio. Ama al de, no debe dar su mano á la hija de Cornelio Estraten, y si alguna vez me lo propusiera, yo misma | volvámonos hoy á Bruselas. lo resistiria. Esta es mi opinion, padre mio.

-¿Qué esperas pues? preguntó el armero, poco solemne voz.

satisfecho de la respuesta de su hija.

-¡Jamás, jamás! repuso la jóven. Teneis mi palabra, padre mio, y sabeis que nunca os engaño.

pureza que despedian sus castas miradas, tranquili- dueño, merecia consideracion. Maesse Cornelio zaron al armero; se sentó sobre la misma piedra comprendia la cruda lucha de la jóven y queria deque habia ocupado poco antes, puso á su hija sobre clarar la crísis en su favor para lograrlo. sus rodillas, sin cuidarse de Pico de Oro, que desde la puerta del parador acechaba todas sus acciones. María estampó sus rosados labios en las mejillas del armero, que la suspendia como á un niño sencillez. de pocos meses, y se reclinó sobre su hombro con un abandono infantil.

-Hija mia, dijo maesse Estraten suavizando su áspera voz, tus palabras me tranquilizan, porque sé que nunca me engañas, pero no comprendo el amor

que tienes al principe.

- -- No lo comprendeis, padre mio? Es un amor santo, sublime, único en su especie quizás. Amor ser; no será. que se siente, como sentimos la ecsistencia de un sér poderoso que presta vida al universo; amor que no puede esplicarse, como es imposible definir la nas respirar de angustia y dolor. ecsistencia de ese gran Sér. Todo egoismo, toda mira mas ó menos interesada está tan lejos de mi amor, gada, abandonarlo, cuando debo contar uno por uno como ese sol que nos alumbra y esta campiña que pi- los momentos de su ecsistencia, cuando puede mosamos: los sentidos no toman parte en él; con los ojos rir mañana! No padre mio: es preciso que cierre del alma veo, y con sus inmensas facultades apuro sus ojos, que bañen mis lágrimas su cadáver, que goces inefables ó sufro profundos dolores, que no le acompañe hasta la tumba, que entre en ella sies comprende un simple mortal. El príncipe es mi vi- necesario, y bajo la fúnebre losa.... da, mi alma: le veo en sueños, le llamo despierta, me moriria si no me amase. Vos sabeis cuánto he mó el armero alarmado. padecido ausente de él. Loca de celos, he vestido este traje; he conspirado; he gastado la mitad de vuestra fortuna; y, aun cuando estaba enferma y débil, la desesperación me daba fuerzas, y arrastrán- era tarde: debf adelantarme un minuto ó no llegar dome, como mujer, sobre cojines, sin aliento, como nunca. hombre mostraba energía y admiraba el Aventurero al Brabante por su decision y su audacia.
- -¡María, María! esclamó el opulento armero con dolor.
- -Siento aflijiros, padre mio: yo querria ser dócil y buena, como en otro tiempo; querria no causaros respirando penosamente. ningun disgusto, no sacar jamas á vuestro rostro los colores de la verguenza; pero no puedo, padre mio, padre mio, repuso la jóven tendiendo el brazo hádominar este inmenso amor. Perdonadme y compadecedme.

Maesse Cornelio Estraten estrechó entre sus ma- rado cada vez.

-¿Piensas ser esposa del hijo de un emperador? nos la hermosa cabeza de su hija; la contempló al--Nos encontramos á mucha distancia para que gunos segundos; se pasó la mano por la frente, co-

> -Ama al príncipe, María, ámalo; tengo celos de príncipe, María, ámalo, pero aléjemonos de aquí;

-Imposible, padre, imposible, repuso María, con

-No basta ser pura, María; el mundo es un des--¿Qué espero, señor? preguntó la jóven á su apiadado juez, que por apariencias condena, y el vez, deseando que otro la señalase el blanco de sus mundo te condenará. Tú, en otro tiempo respetada y admirada por la mas casta y hermosa mujer de -¡Llevar el título de su dama! esclamó Cornelio Bruselas, serás señalada con el dedo; y, como has con desesperacion horrible, é hiriéndose el robusto dicho, sacarán á mi rostro los colores de la vergüenza.

-María escuchaba á maesse Cornelio con una profunda atencion; el raciocinio era fundado, y el pa-El solemne acento de María, su tranquilidad y la dre, que rogaba humilde pudiendo mandar como

-¡María! esclamó, huyamos de aquí en el mo-

-Abandonar al príncipe? preguntó Marfa con

-Sí: nada debe temer D. Juan al frente de un valiente ejército. Huyamos, pues, de este lugar. -Imposible, señor, imposible. Yo no lo quiero y tampoco lo queréis vos.

-María, murmuró el tierno padre, dudoso aun-

que no convencido. -Aver hubiera podido alejarme; hoy no puede

Una terrible convulsion agitaba á la hermosa jóven, que chocaba diente con diente, pudiendo ape-

-¡Abandonarlo, prosiguió con voz doliente y apa-

-¡María, María! ¡Tú estás delirando! escla-

- -¡Deliro! ¡pluguiera á Dios que delirase! Lo he visto vo misma; ví en sus manos el lienzo fatal; y era tarde, y hará sus efectos el tósigo! ¿Lo ois?
- -¡María! esclamó de nuevo maesse Estraten, cuyas ideas se iban confundiendo mas y mas.

-¡El príncipe está envenenado! dijo María con una voz que debia desgarrarla el pecho.

-: Envenenado! esclamó á su vez el armero,

-Por ese hombre que habeis dejado escapar,

-¡María! tartamudeó maesse Cornelio mas ater-

-Por el defensor de los privilegios del Brabante. cipe. Pronunciad, padre mio, este solemne jura-Estas palabras de María salieron de su pecho mento. como un jay! de muerte, y se cubrió los ojos con las Juro á Dios, María, obedecerte, repuso Estramanos; maesse Cornelio se quedó frio como una es- ten con imponente tranquilidad. tatua; su respiracion se hizo penosa y sostenia á su trémula hija tomando parte en su dolor.

-Envenenado, murmuraba el buen armero, entara al príncipe en el campo, y yo, que debo á D. de Oro. Juan la vida, derramaria mas de una lágrima sobre su sangriento cadáver, y uniria mi voz conmovida á los que aclamaran á Santaldegonde vencedor; pero disculpar al asesino, nunca; haré guerra a muerte á Felipe de Marnis, y desde ahora le persigue mi maldicion. María, María, el príncipe puede morir hoy mismo, yo quiero verle. Vuelve en tí,

La jóven se descubrió el rostro y fijó sus húmera de un profundo y penoso letargo.

zás el príncipe está espirando; quizás ha termina- de Gante y algunos otros personajes de grande indo va su corta v gloriosa carrera.

María meció suavemente la cabeza en señal de negacion, y añadió despues, dando á sus palabras una acentuacion inesplicable:

las convulsiones de la víctima.

-¿Y lloras, María, y desfalleces? repuso el armero reanimándose. Corramos á avisarle el peligro, y yo mismo le manifestaré....

-Deteneos, padre mio, deteneos. No hay remedio en la medicina, y revelarle su peligro, seria asesinarlo mas pronto, seria tenerle en capilla un año con la certidumbre de morir. ¡Un año esperando la muerte! Es horrible, padre mio, es horrible. Yo sufriré su lenta agonía, pero no le dirá mi labio: "príncipe, tú vas á morir. Tú vas á dejar á María sola en el mundo con tu memoria y su

-Pobre hija mia, pobre hija mia, murmuró el armero sollozando.

-El veneno, padre mio, será un hielo que irá coagulando su sangre dia por dia, hora por hora, minuto por minuto; ó un fuego, quizás, que circulará por sus venas, calcinará sus huesos y roerá tambien sus entrañas. Me parece que siento el D. Juan.

murar el armero.

La jóven pareció reanimarse; saltó de las rodillas afecto. del armero; levantó á su padre, y con firme y solemne acento:

Genaro el mismo dia que sepais la muerte del prín-1 muerte: entregó á Orange las insignias de la digni-

-Ya estoy contenta, padre mio, añadió la aflijida amante.

Maesse Cornelio estrechó la mano de su hija, y venenado: Felipe de Marnis es un monstruo. Ma- con paso lento se encaminaron al parador de Pico

#### CAPÍTULO IV.

#### PLANES BURLADOS.

El mismo dia que tuvo lugar la célebre batalla no hay un momento que perder. ¿No me respon- de Gemblours, y quizás á la misma hora, se hallaban reunidos (en el palacio real de Bruselas y en la cámara que habia ocupado meses antes el invicdos ojos en el semblante del armero, como si salie- to Don Juan de Austria) el jóven archiduque Matías, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el -No hay momento que perder, anadió éste, qui- duque de Ariscot, el conde de Lalain, el vizconde flujo en lo político y militar.

Era el archiduque un mancebo de veinte años, sin esperiencia de los negocios, y enteramente envanecido con la fugaz sombra de poder que los Es--El golpe es seguro, pero lento; podrá vivir un tados generales habian dejado á su precaria dignimes, dos, un ano quizás. Han querido gozarse en dad. Para decir quien era Orange, nos seria preciso invertir un crecido número de páginas, y dariamos de él una idea poco completa y diminuta: sin embargo, en grandes pinceladas bosquejarémos un retrato, sirviéndonos de escusa sino tiene gran

parecido la antecedente salvedad.

Contaba el príncipe á la sazon diez lustros cumplidos: era de estatura bastante elevada, duras facciones, y tenia muy raros cabellos. Curtido desde la niñez con el sol de cien y cien batallas, eran sus músculos de acero, correspondiendo sus robustos miembros al temple inflecsible de su alma. Sobre este esqueleto de bronce se colocaba algunas veces una máscara fementida; y el guerrero, que tan bien blandia la espada en los rudos combates, confiaba su causa á la astucia si dudaba triunfar por la fuerza. Era Guillermo de Nassau á la sazon jefe de una familia numerosa, altiva y soberana: la fecundidad de su abuela le habia emparentado con todos los príncipes de Alemania, y con estos lazos de familia tejia el fundamento de un sólido y brillante poder. El emperador Cárlos V, dotado de segunfrio, que el fuego me abrasa: yo moriré antes que da vista para conocer á los hombres, le distinguió constantemente, dándole un honroso lugar en sus -Pobre hija mia, pobre hija mia, volvió á mur- ejércitos, colmándolo de dignidades, y manifestándole en todas ocasiones consideración y cordial

Cuando dejó el emperador las coronas de dos imperios y dos mundos, para buscar la paz del alma -Escuchadme, señor, le dijo: maesse Genaro, en humilde y apartada celda, recordando quizas la el infame astrólogo de ta torre de los tres cipreses sentencia de uno de sus viejos capitanes, que interha dado á Felipe de Marnis el tósigo que quita la rogándole por qué dejaba ya el servicio de su cesávida á D. Juan; juradme, por lo que mas ameis en rea majestad, respondió: Que era necesario dejar el mundo, hundir un punal en el pecho de maesse algun hueco entre los negocios de la vida y los de la